

CAPÍTULO XVI

LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN FILIPINAS DE 1615 A 1652.

SUMARIO: 1. Número de sujetos y de domicilios en Filipinas.—2. Expediciones de misioneros enviados de España.—3. Ministerios ordinarios de nuestros Padres en Manila y en otras ciudades de españoles.—4. Progresos de los estudios en nuestro colegio de Manila y competencia de los dominicos.—5. Misioneros en las expediciones marítimas contra holandeses.—6. Conquista de Mindanao y establecimiento de la Compañía en esta isla el año 1637.—7. Estado de la Compañía en Filipinas a mediados del siglo XVII.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Philippinarum. Epistolae Generalium*.—2. *Litterae annuae*.—3. *Acta Congregationum provincialium*.—4. *Philippinarum. Historia*.—5. *Catalogi triennales*.—6. Documentos del Archivo de Indias.—7. Documentos del Archivo de Estado en Roma.

1. Al advenimiento del P. Mucio Vitelleschi, la provincia de Filipinas se hallaba en un estado que podemos llamar de tranquila prosperidad. Asentadas sus casas y misiones, ejercitaban nuestros operarios con mucho celo apostólico los ministerios espirituales, así con los españoles de Manila como con los indios de las islas de Pintados, lo mismo con los militares en las expediciones marítimas, que con los chinos y otros infieles, a quienes podían dirigir la palabra en las regiones que visitaban. El número de sujetos que componían esta provincia era bastante reducido. En 1615 contábanse 111, y en este número se incluían dos Padres y ocho Hermanos desterrados del Japón y aplicados a Filipinas (1). Siete años después, en 1622, hallamos en la provincia 118 individuos; en 1626 suben a 124, y por fin, en 1632 hallamos el número de 127, el mayor que leemos en los catálogos de Filipinas durante un espacio de setenta y cinco años. Desde entonces baja un poco la provincia, pues en 1645 la vemos reducida a 120, y en 1649 a 110. Otro pequeño descenso en 1651, pues entonces se reduce a 96 individuos (2); pero luego sube algún tanto, de modo que en 1656

(1) *Philipp. Litt. annuae*, 1617.

(2) Todos estos datos numéricos los tomamos de las anuas de los años citados.

se contaban 108 (1). Se ve que, en general, oscilaba el personal entre 100 y 120 individuos.

Infiérese de estos números, que la antigua provincia de Filipinas, en la primera mitad del siglo XVII, apenas llegaba a ser las dos terceras partes de la actual misión de Filipinas, dependiente de la provincia de Aragón.

Si consideramos ahora el número y condición de los domicilios habitados por los jesuitas, observamos una cualidad que distingue algo a esta provincia de las otras ultramarinas, y es la poca estabilidad que tenían nuestras casas, y la facilidad con que se abrían, cerraban o trasladaban de un punto a otro. Recuérdese que ya el P. Diego García, en su visita hecha el año 1600, había mudado de sitio algunos domicilios, y formado de dos residencias una, para que vivieran juntos y en comunidad más número de misioneros. En el catálogo de 1612, que nosotros reprodujimos en el tomo anterior (2), suenan 13 domicilios, los dos colegios de Manila y Cebú, el noviciado de San Pedro y el seminario de San José, ambos en Manila, y las nueve residencias o misiones de Antípolo, Silang, Bool, Dulac, Carigara, Tinagón, Palápog, Arévalo y Butúan. Consúltese ahora el catálogo de 1616, que copia el P. Jouvancy (3), y se verán los domicilios reducidos a nueve, y eso que aparece la residencia de Taytay, que se había suprimido cuatro años antes por haberse quemado el pueblo. Tenemos, pues, que en los cuatro años de 1612 a 1616 habían desaparecido cinco domicilios, el seminario de San José en Manila y las residencias de Butúan en Mindanao, de Arévalo en la isla de Panay, Silang en Luzón, y Palápog en la isla de Sámar. Como algunos de estos domicilios constaban solamente de dos sujetos, no habría mucha dificultad en levantarlos. Deducimos, pues, de lo dicho que, a los principios del P. Vitelleschi, la acción de la Compañía en el archipiélago filipino se extendía a la capital, Manila, con las dos vecinas residencias de Antípolo y Taytay, y a las cuatro islas importantes de Cebú, Bool, Leyte y Sámar.

Es algo singular que, habiéndose acrecentado muy poco esta provincia en individuos durante el generalato del P. Vitelleschi, adqui-

(1) *Razón del número de religiosos, colegios, casas y residencias de la provincia de la Compañía de Jesús, y de las iglesias, partidos y doctrinas de indios que administra en las islas Filipinas en este presente año de 1656*. Documento impreso por el P. Colín al fin de su *Historia*.

(2) Véase la pág. 504.

(3) *Hist. S. J.*, l. XV, pág. 354.

riese, sin embargo, nuevos domicilios y acometiese nuevas empresas apostólicas, y por cierto bastante difíciles. En 1622 el Sr. Arzobispo de Manila, Fray Miguel García Serrano, devotísimo de la Compañía, encomendó a los Nuestrros la isla de Marinduque, al Sur de Luzón, no muy extensa, pero que entonces tenía cierta importancia, porque allí hacían escala todos los galeones que iban y venían de Nueva España a Manila. Entraron los jesuitas con grande brío en la isla, recogieron algunos pocos cristianos que había, recorrieron todo el país predicando el Evangelio a los indígenas que hablaban el tagalo, y en no mucho tiempo lograron establecer tres pueblos de cristianos, que llevaban los nombres de Bovac, Santa Cruz y Gasan (1). En 1628 el Gobernador D. Juan Niño de Tabora, entendiéndose con el Arzobispo, hizo que se diera a la Compañía la capellanía del presidio de soldados españoles que estaba en Ilo-Ilo, al Sur de la isla de Panay, con cierta doctrina de los indios que allí se había fundado. De este modo nuestros Padres, después de una interrupción de doce años, reanudaron sus trabajos apostólicos en la isla de Panay.

Más importancia que las residencias mencionadas había de tener con el tiempo la misión de Mindanao, asentada por los jesuitas algunos años antes de que la isla fuese conquistada por el Gobernador Hurtado de Corcuera. Desde años atrás habían hecho nuestros Padres algunas entradas pasajeras en el Norte de aquella extensa isla. En 1607 el P. Pascual de Acuña, yendo en una armada de españoles, desembarcó en Dapitan, al Noroeste de Mindanao, y reuniendo a los gentiles que pudo descubrir cerca de la costa, les predicó el Evangelio, logrando convertir unos 200 a nuestra santa fe. Algún tiempo después acudió al mismo punto el P. Juan López, y convocando a los neófitos bautizados por el P. Acuña, les instruyó más de propósito en la doctrina cristiana, y agregó nuevos convertidos a la pequeña grey de Dapitan. Sin embargo, no se pudo establecer todavía domicilio firme de la Compañía en aquellas regiones. Para no perder las conquistas espirituales ya adquiridas en Mindanao, procuraban nuestros Superiores enviar desde los puestos más próximos, que eran Cebú y Bool, algún misionero que visitase a los indios de Dapitan y no dejase perder aquellas almas ganadas ya para Jesucristo. En este ministerio trabajó algún tanto el P. Fabricio Sarsali y después el P. Francisco Otazo. Por fin, el año 1629, el Obispo de Cebú, D. Fray Pedro de Arce, juzgó que valdría la pena de fundar una misión esta-

(1) Murillo Velarde, *Historia de la provincia de Filipinas*, I, I, c. 7.

ble en aquella costa de Mindanao, y rogó a los jesuitas que ejecutasen esta obra. El Provincial de Filipinas aceptó la idea, y con el favor del Obispo de Cebú, hechos los preparativos necesarios, estableció la residencia de Dapitan el año 1631. Su primer Superior fué el fervoroso P. Pedro Gutiérrez (1).

En los últimos años del siglo XVI habían puesto el pie nuestros misioneros en Butúan, al Nordeste de Mindanao; pero el P. Diego García, Visitador, había levantado en 1600 este domicilio, que no podía sostenerse (2). En 1612, a ruegos del señor Gobernador y de otras personas, fué mandada una misión a Butúan; pero esta empresa, como decía el catálogo redactado ese mismo año, *no es cosa de asiento* (3). Por fin, cuando se estableció la residencia de Dapitan en 1631, resolvieron nuestros Superiores restaurar la dos veces abandonada misión de Butúan, y lo consiguieron con feliz suceso el año 1633. Establecidos allí los jesuitas, consiguieron muy pronto una conversión insigne, cual fué la del reyezuelo Sironan, que se bautizó tomando el nombre de Felipe (4). Más renombrada en los tiempos venideros había de ser la fundación de Zamboanga, al Sudoeste de Mindanao. Habiéndose apoderado de este puerto los españoles en 1635, acudió allí el P. Gutiérrez, Superior de Dapitan, y empezó a predicar el Evangelio entre los indígenas. Llevó consigo al P. Melchor de Vera, inteligente en obras de arquitectura y fortificación, y éste construyó la fortaleza de Zamboanga en tales condiciones, que, visitándola después los militares más experimentados de Filipinas, no hallaban cosa que reprobar (5). Aunque desde aquel año 1635 pudo darse por empezada la residencia de Zamboanga, pero no se asentó sólidamente esta fundación sino después de la expedición de Corcuera, de que luego hablaremos. Tales fueron los domicilios entablados en tiempo del P. Vitelleschi, muchos ciertamente para el escaso personal de que podía disponer la provincia de Filipinas.

Lamentábanse continuamente nuestros Padres en aquel archipiélago de cuán pocos eran los operarios para la vasta mies que se extendía ante sus ojos, y, efectivamente, por muchos misioneros que se les hubieran mandado, siempre habrían sobrado en las islas infieles a quienes anunciar el Evangelio. Obsérvase también que en Filipi-

(1) Combés, *Hist. de Mindanao*, I, II, c. 4.

(2) Véase lo que dijimos en el tomo anterior, pág. 496.

(3) *Ibid.*, pág. 505.

(4) Combés, I, II, c. 5.

(5) Murillo Velarde, I, II, c. 1.

nas, tal vez más que en otras provincias de Ultramar, escaseaban las vocaciones religiosas entre los nacidos en el país. Era preciso enviar continuamente socorros desde Europa, y gracias a estas expediciones auxiliares podían sostenerse los ministerios emprendidos en provecho de las almas.

2. Bueno será recordar las principales expediciones de misioneros, que nuestra España fué enviando a la provincia jesuítica de Filipinas. En 1615, al empezar el generalato de Vitelleschi, desembarcaron en Manila 20 misioneros conducidos por el P. Alonso de Humanes. A muy buen tiempo llegaron, pues, como observa el P. Colín (1), por entonces habían ocurrido en Filipinas varias defunciones, y resultó que los recién llegados cubrían justamente los huecos causados por la muerte en nuestras filas. Por eso, al año siguiente, 1616, fué enviado a Europa el P. Otazo para pedir nuevos refuerzos apostólicos. A los cuatro años, en 1620, volvió este Padre con 20 jesuitas. Dos años después llevó 12 el P. Villafañe; en 1625 llegaron 20 con el P. Juan de Aguirre; seis años después, en 1631, vemos al P. Francisco de Encinas conducir a otros 19; el P. Juan López llevó 12 en 1635. A todos excedió el P. Diego de Bobadilla, que volvió de Europa a Filipinas llevándose consigo nada menos que 41 sujetos. Finalmente, en 1651 el P. Miguel Solana llevó 16, aunque se le habían concedido hasta 30 (2).

Otra observación debemos hacer sobre estas expediciones de misioneros, y es, que como escaseaba el personal en las provincias de la Metrópoli, las cuales habían disminuído algún tanto, empezó a ser costumbre bastante general de nuestros procuradores ultramarinos buscar misioneros auxiliares fuera de España. A principios del siglo XVII acudieron a nuestras misiones algunos Padres de Italia, pero desde mediados de este siglo obsérvese que abundan en las Indias españolas los misioneros flamencos y alemanes. En la numerosa expedición conducida por el P. Bobadilla había 11 misioneros extranjeros, y por cierto que hicieron entonces una cosa que hoy nos parece singular y no es digna de omisión. Estos buenos Padres, deseando acomodarse en todo y por todo a las costumbres y usos de España, quisieron adoptar nombres españoles, porque tal vez los su-

(1) *Labor evangélica*, l. IV, c. 33.

(2) En el Archivo de Indias, 154-2-1, pueden verse las cédulas reales a la Casa de Contratación de Sevilla, mandando aviar a estos grupos de misioneros. En ellas se ponen los nombres de los expedicionarios, su edad, y algunas veces el colegio y provincia de donde proceden.

vos pudieran disonar en los oídos de nuestros compatriotas. Adoptaron diversos sistemas para hacer este cambio. Algunos, guiándose solamente por el sonido, tomaron un nombre español que se pareciera al suyo. Así, por ejemplo, el P. Domingo Waibel empezó a llamarse Valverde; el P. Lemuggi se llamó Lemos; el P. Palliola se transformó en Padilla; el P. Spinelli, en Espina; el P. Boursin tomó por nombre Burgos, y el P. Zanzini fué entre nosotros Sánchez. Otros prefirieron traducir al español su nombre, es decir, adoptar un nombre español que significase poco más o menos lo que significaba el suyo en su tierra, y a esto añadieron, no sabemos por qué, el mudar también el nombre de pila. Así, por ejemplo, el P. Adolfo Steinhauser se llamó entre nosotros Juan de Pedrosa; el P. Jorge Eckar se mudó en Jorge de Angulo; el P. Julio Sonnemberg se dijo Ignacio del Monte. Por fin, hubo dos sujetos cuya transformación onomástica no sabemos explicar: el Hermano teólogo Julio Job empezó a llamarse Francisco Antonio, y el P. Carlos Receputo adoptó el apellido de Valencia (1). Dios habrá premiado a estos sus siervos por la humildad y obediencia con que para hacerse todo a todos adoptaban, no solamente los usos y costumbres de España, sino hasta los nombres usados en nuestra tierra.

El P. Colín, al terminar su célebre *Historia de la Compañía en Filipinas*, imprimió un catálogo de los sujetos que había en aquella provincia en 1656, dando razón de las misiones y ministerios que sostenía la Compañía en aquel archipiélago. Este memorial empieza con algunos datos numéricos que debemos conservar, por ser interesantes para nuestra historia en la primera mitad del siglo XVII. Empieza así: «Los religiosos de la Compañía que han venido de España y de Nueva España a estas islas a expensas de Su Majestad, desde el año 1581 que entraron los primeros, son por todos 272. Los 151 sacerdotes, los 198 Hermanos estudiantes, y los 23 coadjutores. Hanse recibido y perseverado en esta provincia en espacio de setenta y cinco años que ha que entró la Compañía en estas islas, 143, los tres solamente sacerdotes, los 23 Hermanos estudiantes, el resto coadjutores. El número de los que hoy actualmente goza la provincia es de 108, los 64 sacerdotes, los 11 Hermanos estudiantes, y los 23 coadjutores» (2). Por esta enumeración observamos que fueron pocos los individuos recibidos en Filipinas, y la mayoría de ellos eran

(1) *Philipp. Catalogi triennales*, 1642.

(2) Véase la edición de Colín, anotada por el P. Pastells, t. III, pág. 741.

Hermanos coadjutores. De aquí se entiende la necesidad de pedir continuamente misioneros a España, para sostener los ministerios habituales en aquella provincia.

3. Eran muy continuos y bastante penosos los trabajos que debían tomar los jesuitas de Filipinas, para fomentar la piedad y devoción en las poblaciones españolas. Abramos las anuas de 1617: vemos allí la asistencia continua que debían hacer nuestros Padres para oír las confesiones de los que continuamente asediaban los confesonarios. Había sermones dos veces por semana a los españoles; en tiempo de cuaresma se predicaba en nuestra iglesia también muy a menudo a la gente, y además de la predicación ordinaria se hacían aquí también actos de contrición y disciplina, en la que tomaban parte muchísimas personas piadosas. En tiempo de cuaresma de 1617 ocho Padres estuvieron trabajando casi de continuo con los indios que vivían en la ciudad. Dos veces se predicaba sermón a los tagalos, y los domingos por la tarde se les instruía en ciertas parroquias de la ciudad. También se hacían sermones y catecismos en otras poblaciones. Sin esto, cuidaban los jesuitas de que cumplieran con la Iglesia casi todos los esclavos que había en Manila, cuyo número se dice que pasaba de 20.000. La mayor parte de ellos se confesaban con los jesuitas, y era natural que lo hiciesen, porque los domingos por las tardes, dividiéndolos en grupos, les enseñaban el catecismo y preparaban para la confesión los Hermanos estudiantes de nuestro colegio. También se ha trabajado, según las anuas, aunque no tanto, con los chinos, y de tiempo en tiempo se han hecho algunas obras de caridad espiritual y corporal en los navíos de guerra con los forzados que están al remo. Reuniendo limosnas de algunos ciudadanos piadosos, se preparaba en casa una comida para estos remeros, y después de haberles predicado y confesado, les regalaban también con los obsequios que la caridad pública destinaba a estos infelices (1).

Otra faena habitual en Manila y en Cebú era sostener las congregaciones piadosas que estaban fundadas en nuestra iglesia. La principal solía ser la Congregación de María Santísima, que con el nombre de Anunciata se había establecido en este colegio como en casi todos los de la Compañía. Dicen las anuas de 1617 que esta Congregación celebraba cada año catorce días de fiesta, en los cuales solían comulgar los congregantes con mucha devoción. Muchas fiestas son;

(1) *Philipp. Litt. annuae*, 1617.

pero recordemos que en aquellos tiempos la piedad cristiana y el gusto de las solemnidades eclesiásticas se hallaban entre los españoles en el mayor esplendor que jamás han tenido. Esta piedad pública solía manifestarse de un modo especial cuando llegaba de Roma algún jubileo concedido por Su Santidad con uno u otro pretexto. En 1618 llegó un jubileo de Paulo V, y durante algunas semanas nuestros Padres no podían dar abasto a los innumerables penitentes que se acercaban a su confesonario.

Este trabajo de confesar en una ciudad donde concurrían hombres de tantas razas, de tantos países y de tan variados idiomas, era una dificultad que daba mucho que pensar a nuestros Superiores. Merecen copiarse las palabras del P. Murillo Velarde, en que pone a la vista el trabajo que les daba en Manila el ejercicio del confesonario. Dice así: «El confesonario de Manila es, a mi ver, el más dificultoso de todo el mundo, porque siendo imposible confesar a todas estas gentes en su propia lengua, es menester confesarlas en español, y cada nación tiene hecho su propio vocabulario de la lengua española, con que comercian, se manejan y se entienden, sin que nosotros los entendamos sino con gran dificultad y casi adivinando. Se verá un sangley (chino), un armenio y un malabar que están hablando en español entre sí, y nosotros no los entendemos según desfiguran las palabras y el acento. Los indios tienen otro español peculiar, y más peculiar los cafres, a que se añade el comerse la mitad de las palabras. Los sudores que cuesta el confesarlos nadie sino el que lo experimenta lo puede declarar, y aun cuando se entienda en general la culpa, al querer especificar circunstancias, es un laberinto inexplicable, porque no entienden nuestro modo regular de hablar, y así, al examinarlos dicen sí y dicen no, según se les ofrece, sin entender bien lo que se les pregunta, de suerte que en breve tiempo dicen veinte contradictorios, con que es preciso atemperarse a su lengua y aprender su vocabulario... Las confesiones anuales duran desde el principio de la cuaresma hasta el Corpus. En nuestro Colegio de Manila está abierta la iglesia desde el amanecer hasta las once del día, y desde las dos hasta el anochecer, y siempre hay Padres para confesar, pues no sólo confiesan los operarios, sino los maestros, cuando les deja la tarea escolástica, y he conocido algunos que están confesando siete, ocho y más horas al día» (1).

En este tiempo fué ocasión de grandísimo regocijo, piedad y fre-

(1) *Historia de la provincia de Filipinas*, l. I, c. 2.

cuencia de sacramentos, la gran fiesta de la Inmaculada Concepción, que empezó a celebrarse en Manila en 1619. Ya dos años antes, cuando llegó la primera noticia de las espléndidas solemnidades de Sevilla y de otras ciudades de España, se había despertado mucho la devoción a la Inmaculada en la capital de Filipinas. Según nos dicen las anuas de 1617, también allí hubo luminarias y procesiones por las calles, cantando las coplas de Miguel Cid, y otras manifestaciones en que prorrumpía espontáneamente la devoción popular. Pero cuando el año 1619 llegó la noticia oficial de la Constitución de Su Santidad y la orden dada por nuestro Rey Felipe III de festejar a la Inmaculada Concepción, entonces en Manila, como en casi todas nuestras ciudades, se desbordó la piedad del pueblo, y hubo un derroche de solemnidades en que tuvieron gran parte los Padres de la Compañía. El Sr. Obispo y los cabildos eclesiástico y secular resolvieron celebrar un novenario de funciones, empezando el día de la Inmaculada Concepción, 8 de Diciembre. Cada una de las Órdenes religiosas se encargó de un día, y cuando tocó la vez a la Compañía se dispuso, no solamente una gran fiesta dentro de la iglesia, sino también la víspera una especie de procesión o paseo alegórico, muy del gusto de aquella época. Lo referiremos con las palabras del P. Murillo Velarde.

«Hizo la Compañía, dice, la publicación de la fiesta en un solemnisimo paseo que hicieron los colegiales del Colegio Real de San José. Precedían tres hermosos carros triunfales cubiertos de ramos, indicio de la victoria que nuestra gran Reina consiguió en aquel primer instante hollando la cabeza de la serpiente infernal. Vestíanlo muchos lienzos blancos tachonados de estrellas de oro, tirábanlo varios brutos, todo con alusión al triunfo. En ellos iban muchos instrumentos músicos y cantores de suaves voces que publicaban al compás de la música y de la letra las glorias de María. Seguíanle el estandarte blanco de la Concepción, que llevaba en un brioso caballo ricamente enjaezado Don Luis Fajardo, hermano del Gobernador. Acompañábanle el maestro de campo y el general de las galeras; seguíanse los alcaldes y los regidores en forma de ciudad. Iban luego los colegiales del Real Colegio de San José, cada par apadrinado de los vecinos más nobles de estas islas, y a cada par precedían cuatro pajes de hacha con ricas libreas. Precedía un colegial con el más antiguo, que en una asta ricamente adornada llevaba una hermosa tarjeta en que iba escrito el juramento que el día siguiente habían de hacer. Los bonetes, las becas y las mangas iban cuajadas de bri-

llantes, joyas hermosísimas, perlas riquísimas, diamantes y otras piedras muy preciosas, y siendo tanta la abundancia que hay de esto, parecía llevaban sobre sí todas las riquezas del Oriente. Últimamente se veía un hermoso carro triunfal sobre cuatro ruedas, tirado de varios salvajes; adornábanlo muchos arcos de flores, muchos ángeles de bulto dorados, y en medio de un gran número de luces una bellísima imagen de la Concepción. Delante del carro iban ocho niños vestidos de ángel con hachas de cera, y ya cantando, ya recitando, publicaban alabanzas de esta soberana Emperatriz, y para cumplimiento de su victoria iba aherrojado a sus pies un demonio, que representaba el pecado original. Dió vuelta el paseo por las principales calles de Manila, pareciéndoles a todos vistosisimo aquel hermoso y lucido aparato, que remató en nuestra iglesia, donde se fijaron los muchos e ingeniosísimos geroglíficos que llevaban. Hubo aquella noche muchos y artificiosos fuegos de mil curiosas y lucidas invenciones. El día siguiente dieron todos los colegiales el juramento de defender la opinión pía en la misa cantada, delante del Santísimo Sacramento, función no menos tierna que solemne» (1).

Así como en Manila y en Cebú se promovía por medio de los ministerios sagrados la fe y religión entre el pueblo, del mismo modo los misioneros encargados de los infieles se afanaban todos los días por adelantar el número de los reducidos al apriseo de la Iglesia y por infundir las buenas costumbres en los salvajes atraídos al conocimiento de Dios. En las islas de Sámar, Leyte y Bool, en todas las residencias que hemos visto fundarse por los Padres de la Compañía continuaban impertérritos nuestros misioneros en medio de las ordinarias fatigas de este fervoroso empleo, y soportando más de una vez las persecuciones, sorpresas y rebatos de los piratas, ya holandeses, ya moros, ya de otros países.

Una mudanza observamos en este tiempo en los trabajos apostólicos de nuestros Padres, y es que desde 1623 aparecen misiones dadas por los Nuestros en otras parroquias y doctrinas. Como al principio los párrocos eran religiosos de otras Órdenes, y como el clero secular iba muy poco a poco extendiéndose en Filipinas, se habían imaginado los jesuitas al principio, que jamás llegaría el caso de dar misión en parroquias de otros, pues, naturalmente, no había de parecer bien que metieran, como quien dice, la hoz en mies ajena, empeñándose en santificar a los que ya estaban bien asistidos

(1) *Hist. de la prov. de Filipinas*, l. I, c. 4.